

Gamaliel Churata.

LA CIUDAD Y LOS AYLLUS

I

SILLIKACHI-AYLLU estaba envuelto todavía en las penumbras del amanecer. Pero las nubes imprimían ya sobre la rada una tenue claridad boreal. Hacia el seno del horizonte, hacia su lejana y estática distancia, una luminosidad de manantial, de ojo sereno, refractada sobre el piélago, daba al espectáculo gravedad y belleza que infundían el terror de mundos desconocidos. A ello contribuía la quietud del lago que ni una sola onda agitaba. Y es que las brisas se dormían con las aves entre los totorales, desde donde, con un lejano susurro, llegaban los pitíos de los *scho-kas*, o el cricreo seco y áspero del *toke*.

El viejo Timoteo y su joven mujer roncaban hacia ya gran parte de la noche; dormían con la serenidad con que duermen las bestias. Hasta bien corrida la noche había hilado su joven mujer, y él había *chaichado* de lo lindo. Ahora dormían en paz. O, al menos, esto podía suponer, dado que en el cuartucho miserable de la *chujlla*, no se percibía sino el hálito de una respiración normal.

Ningún ruido, ningún ladrido, ninguna voz humana daban muestra de que en Sillikachi hubiese comenzado la vida. Las chujllas, desperdigadas en una planicie de pasto menudo, planicie de tierra sólida, re-

seca, y que el caminar producía un sonido hueco, daban la impresión de estar arropándose en la plúmbea humedad del lago. Las estrellas titilaban dejando caer su hilo de aceite; las balsas se entumían en la soledad y el silencio; tenían algo de misterioso las balsas abandonadas en la orilla, sin traba alguna, libres y quietas, sin que las agitara nadie, ni nadie viniera a conturbarlas en su abandono delicado. ¡Balsas trabajadoras, que, como sus dueños, placían durante la tranquila noche de febrero! Las vaquitas enanas, atadas a su estaca, o en los corrales, junto a las ovejas y burritos, idénticamente permanecían en silencio, no creían prudente aun, de acuerdo con el horario que los sujetaba, turbar la placidez de la madrugada. El Sol se acercaba, es verdad; pero se acercaba con lentitud en que el paisaje estaba a punto de desmoronarse... INTI... Naturaleza, bajo el imperio de su dominio caliente y productivo, latía en espera de una nueva jornada. ¡El paisaje con sol matinal es una infancia inacabable! En Sillikachi-ayllu, las lejanías de un gris azulado, tintas en la mayor profundidad de los cerros, esperaban la ascensión, mientras uno y otro arrebol, que estrían las nubes, se refractan en los totorales en una fuga de serpientes.

—¡Ahora, estaremos queja!—dijo Tata Timoteo a su mujer, con voz velada, mientras ésta se apretujaba a su cuerpo.

—No hay que tenerlo miedo. Esto queja ganaremos bin bunito.

La mujer no abría la boca. En el fondo comprendía que la misma bondad de su marido era un vivo reproche a su conducta. Ella no se portaba con el pobre Jacinto con la caridad que le había recomendado. Mientras era un chiquillo insignificante, un *llokallito*, no, no le producía ningún mal humor...

—¡Para qui no pais otra vez colera, vamos, mijor,

separaremos Jacinto! ¡So magrina vive Pono! ¡Bin señora! Así no te fastidias a usted nadie, virdad?

La mujer se negaba a responder entonces. En la semioscuridad del cuartucho miraba con los ojos fijos, mientras se abrazaba más aun al cuerpo de su hombre. Después de un momento, prorrumpió:

—¡Yo estoy queriendo Jacinto, tatay! ¡Tata Pegro te has aconsejado te portas mal! ¡Ya no obedeces! ¡Liso, liso, siempre!

—¡No emportas! ¡Jacinto estás malo hombre!

—No; no estás malo; te aconsejan...

—Malo! ¡malo!!

La mujer volvió a callar y a apretarse al cuerpo del hombre; y ya los rayos del alba se filtraban por las rendijas de la puertecilla desvencijada.

—¡Levantaremos, mamay! dijo Jacinto, y se incorporó.

Afuera cantó el gallo, y la vaquita mugió como un bostezo...

II

Junto al troje de totoras recién podadas estaba Jacinto mirando en silencio la lejanía del lago. Algunas balsas singlaban ágiles mientras los *chawlleros* arrebaban la *ñokeña* para atravesar el cuerpo escurridizo del *karachi*. Jacinto miraba en silencio y con tristeza. Lo habían mandado a pescar. Pero él se ahupaba sobre todo el mundo exterior asombrado de la novedad dolorosa que estos días le revelaron. ¡El se consideraba hijo del matrimonio que lo tenía bajo su amparo! Nadie le dijo palabra sobre el destino de sus progenitores... ¡Tata Timoteo! ¡Mama Aulica!... Tales eran los nombres gratos a su corazón. La pedrada que le rajó la cabeza, saliendo de la mano de mama Aulica, fué la piedra de toque que le obligó a despertar de un pesado sueño. ¡Bendita pedrada! ¡Va-

le más conocer al enemigo que portarlo en el sitio de la confidencia! ¡Sus padres habían muerto en la sublevación de Kalakampana! Casualmente, Tata Rauco, uno de los balseros que se agitaba más en ese momento, y lograba pescar con mayor fortuna, fué de los actores eficaces de esa sublevación. Todos le respetaban por tal motivo. Y es que Tata Rauco sabía unir a un temperamento lleno de la mayor prudencia una altivez y coraje que hacían temblar a los gamonales. Jacinto vino a saber la verdadera situación en que había quedado. El ayllu era una constante apetencia del latifundista. Día a día iba cobrándole, a centímetros, la tierra. Así, de una manera insensible, perdía el ayllu en extensión y en calidad, mientras la *finca* agrandaba sus linderos. Mas esto ha ocurrido en todas partes, sin que los hombres se dieran por mal pagados, pues, en muchos casos, este hecho redundaba en beneficio de los indios, ya que en el latifundista que absorbía sus tierras tenían un seguro bastión contra sus enemigos y los pequeños gamonales mestizos que trataban de seguir la huella de los tagarotes. Lo extraordinario en Kalakampana fué que el gamonal prescindió ya de los sistemas seculares del tinterillaje, yendo directamente a la expulsión de los ayllunos por medios ejecutivos: el palo, la bala. Ante hecho como éste resolvieron hacer frente. He ahí la causa de la sublevación. El padre de Jacinto había sido preso entonces, y su madre muerta en los momentos en que, con otras mujeres, seguía a los hombres que luchaban en defensa del ayllu. Finalmente su padre cayó durante una epidemia de tifoidea, en la cárcel, invadido de piojos y muerto de hambre. Jacinto ya podía considerarse dueño de algo: ¡esta era la verdad! No por otra razón, la mujer de Timoteo pudo abrirle la cabeza de tal pedrada. ¡Una madre no hace eso!

No era esto, sin embargo, lo más importante, ahora

que, frente al lago, veía las balsas flacuchentas, en las cuales apenas cabe un remero, virar ágiles, dando la impresión de que los llokillos del ayllu se hubieran puesto a caminar sobre las aguas...

El cielo es de una transparencia diamantina. Apenas una nubecilla enseña los dientes en el cielo. No hay viento. La brisa de la mañana se amainó hacia las ocho; ahora que el sol avanza hay calma y tibieza. Jacinto, pelando un talluelo de totora que se mete hambriento a la boca, hinca la *ñokeña* y arranca veloz hacia el lugar hondo de la rada donde viven los *karachis*.

Está alegre. No podía ser de otra manera. Diez y seis años son una obligatoria necesidad de alegría. Mucho rato estuvo mirando como un *wajsallo* la perspectiva del lago. Sí; porque la tristeza se deja en la *chujlla* para los *anuschojñis*, ladradores sempiternos, miserables esclavos. Un *llokillo* como Jacinto cuando tiene delante el lago, y en las aguas, metiéndose entre los *llachos*, un millón, dos, diez millones de *karachis* evolucionando en perfecto orden, por escuadras disciplinadas, descubre que no hay tiempo para responsos y lagrimeos. Salta. Silba. Canta. Grita...

—Ouí! ouí! ¡Janitaaa! ¡ya te has pescado so karachi!

Entre tanto son veinte pescadores, unos perdiéndose en el total, otros hacia el centro, hombres y mujeres, todos afanados en lanzar la *majaña* de suerte que las púas, a manera de trinche, que han adosado al extremo, atraviesen el cuerpecillo gordete y espinoso del pez.

Esta alegría del ayllu habla a Jacinto con voz serena; le dice que su verdadero padre no existe; que no tiene derechos domésticos qué sustentar; que debe quedar reducido, para el resto de sus días, en un miserable *pallasiri*. En un *pallapante*, en un limosnero...

—¡Ouí! ¡Ouí! ¡Janitaaa! ¿So karachi?

Se ve virar en dirección a Jacinto un barquichuelo

verde, una esmeralda boyante. Lo conduce una linda chiquilla: Janita. Viene ágil, sin decir palabra, como si quisiera dar la sorpresa de su presencia, aunque sabe bien que Jacinto la observa sin reposo.

—¡Ouí! ¡Ouí! Janitaaa...

—¡Guay! ¿Te has roto tu cawisa so magro, Jacintito?

Quién habla así es una lindura del Titikaka. Es la totorilla más fina y pudorosa.

—¡Ni! Nadies, Janita..., responde Jacinto, mientras detiene el impulso de su balsa.

—¡Guay, Jacintito; ¿quién rompido, intonces?

—¡Cállate, Janita: isto mojar no me magro!

—¡Guay!

—¡Yo, virfano! ¡Yo wajchu!

—Usted istás buracha, Jacintito... ¡Mama Aulica...

—¡Janiwa, Janita, janiwa!

—¡Tatito Rius castigará osti, Jacintito, ti maldicis so magre!

—¡No me magre, Janita; no me magre!

—Intonces no te puedes casar osti, Jacintito...

Janita, se sentía desfallecer ante la tragedia de su amigo. ¡Sin madre! Le miraba llena de bondad mientras llevaba el ribete de su pollera a los ojos, para limpiar sus lágrimas.

—¿No karachia, Jacintito, ahura?, continuó.

Palabras que traducidas querían decir: «No tienes madre, amigo mío, mi hermanito, has quedado abandonado en el mundo? ¿Cómo era posible que un hermoso muchacho como tú no tuviera madre? ¿No habrá *karachis* para ti, *jilata*, hermanito?

—¿Casar? ¡Soy chequito todavía, Janita, para pensamiento casar!

—¡Wajra! ¡Usted eres vijo ya, Jacintito!

—*Janiwa*... ¡Piro, *walii*, respondió Jacinto.

Se rieron ambos, y presto se apartaron, pues Jacinto que observaba en el lago distinguió al pececillo

flúido y lanzó su arpón singlando rápido entre los totorales.

En la orilla los ayllunos se aprestaban a echar una nueva embarcación. Afilaban los rústicos cuchillos y se disponían a tuserle la *yampaj-nasa*, la *kapaj-nasa*, mientras los demás remachaban las lijaduras de *phalas* sobre el vientre abultado y verde. ¡He aquí un nuevo velero que llevaría la marca de las construcciones de Sillikachi-ayllu, famoso por sus balsas bellas y resistentes!....

III

Al rededor de la flamante embarcación se juntaron los indios de la comarca diciéndose la complacencia por el hecho trascendente de haber dado, con felicidad, fin a la nueva obra de los sillikachis: ella conduciría a través del lago, y de pueblo en pueblo, la fama de los productos del ayllu: Las *challwas* de Sillikachi! Los *humantos*, los *mauris*, el *chullu*, y... ¡los *karachis*! los *karachis* sin rival, movibles comprimidos de fósforo, cuyo caldo devuelve la energía al cerebro más debilitado. Esta era una nueva balsa de los *sillicachis*, y ésta, como aquellas que se ven deshacerse a diario, abandonadas sobre la playa, lugar favorito del *wajsallo*, rivalizaría con las mejores del Titikaka, por la cantidad de pasajeros que buscarían su servicio, por la seguridad de su viaje y la destreza única de sus nautas. ¡Allí estaba Tata Rauco! Sólo un balsero de Sillikachi sabe sortear las tempestades, descubriendo en el laberinto de callejones de totora, la ruta directa. Nunca se dió el caso de que un sillikachi se perdiera, o tuviera que apoyarse al reducto del camino, cuando, granizo y tempestad braman sobre el lago. Zahorí, lleno de audacia proseguirá el camino, seguro de no equivocarse; entre el limbo de la noche irá rompiendo la telazón de la lluvia menuda.

—¡Ouí! ¡Ouí!

Chillará si la sombra se anima de alguna figura humana, pues bien podría ser el *anchancho*, surgiendo de las aguas dispuesto a inferir el mal que constantemente depara a los sillikachis. El nauta conoce por el ligero resplandor de una estrella, o por el aliento de la tempestad, el camino que le conviene seguir, evitando la presencia de este espíritu maligno que a veces adopta alguna figura respetable, con el fin de hacerle caer bajo sus redes temerarias. La locura del balsero o el naufragio son el resultado del encuentro. Por ello, en la sombra gritará:

—¡Ouí! ¡Ouí!

Y el trago lacustre huirá descubierta en su maléfica complicidad.

He aquí por qué los habitantes de Sillikachi se citan alrededor de la nueva barquichuela, y asisten a la *ttinka*, ceremonia que consiste en «pagar» al lago la parte que le respecta en la recién nacida maravilla. Tata Rauco, con sus ochenta años, oficia lleno de misteriosa preocupación. Ha entregado al lago varias «mesas» consistentes en unto de llamo, incienso, caramelos, ají, etc., y finalmente le ha asperjado alcohol de cuarenta grados sirviéndose de una conchita marina expresamente traída para el objeto. Tata Rauco se ha dirigido en seguida al mismo lago; le ha hablado con la familiaridad de dos buenos y viejos conocidos...

—Tatay; ahora los sillikachis esperamos que sabrás corresponder a nuestro cariño, como otras veces, aplacando la voracidad de los *achachilas*, pues ya te hemos dado de comer bien y de beber. ¡No dirás que somos unos ingratos! ¡Ay, quizás sea ésta la última vez que el viejo Rauco pueda echar una balsita linda como ésta! ¡Ya estoy cansado, tatay! pero, mientras tenga fuerzas, bien lo sabes, llevaré mi afán hasta sus últimos extremos. ¡Ayúdame, Tata, y libra a los silli-

kachis, tus hijos, de todo mal; no les niegues tus peces, y dales siempre oportunidad de ganarse la vida!

Palabras que Tata Rauco dice musitando; que muchos de los sillikachis no han entendido en los días de su vida. Tata Rauco se lleva el brazo pelado a los ojos y seca una lágrima que serpentea entre sus arrugas. . .

Los sillikachis se afanan por extremar la alegría frente a la balsa obesa y pesada, concebida y construída por Tata Rauco, ayudado por todos los jóvenes y viejos del ayllu, colaborado por ellos. ¡Es una obra colectiva! Muchas veces la construcción de balsas es asunto personal, y aun en esos casos todo el ayllu concurre a la obra del sillikachi; pero en el caso de Tata Rauco, su edad, su ascendencia, obligan a solidarizarse en lo que se considera la obra común del grupo. Todo el ayllu, pues, se ha congregado al rededor de la nave de totora. Sus verdes talluelos parecen los nervios de la balsa; son sus nervios apretadamente unidos. El repecho que va a formar la *yampaj-nasa*, esto es, la prora, es semejante al tórax de un pújil. A babor, a estribor se extienden dos haces, recientemente amarrados, que constituyen los bíceps. Luego se alzan, partiendo de ellos dos palos que hacen vértices, en el cual se adosa un garfio, el *garagato*, del que se sujeta la phalas de la *gesana*, esto es, la vela de la barca. La *ecalina* y el *ikachu*, son aditamentos que se usan pocas veces.

Tata Rauco está atareado y sudoroso. Atiende brevemente para beber la porción de alcohol que le ofrecen en conchitas de mar, y torna a la faena de preparar el empujón que eche sobre las aguas la más bella obra que ha salido de sus manos. A todo pulmón va declarando Tata Rauco:

—¡*Qimsakallko-tunqa-marani!*

Sus ochenta años son su mayor orgullo y su mayor carga. No obstante, pocos hombres rivalizan con él en destreza y resistencia. Jamás dió muestras de fa-

tiga cuando granizó recio. Sus manos, manos lapídeas, imponen el respeto de los espectáculos de la naturaleza.

De pronto Tata Rauco da un pechazo a la balsa y comienza a inducirla hasta el agua a través de los *llachos*. Un griterío ensordecedor levantan los *llokillos*. Tata Rauco ha saltado sobre la balsa; su noble figura se destaca sobre el fondo de los totorales, el lago y el cielo. Mujeres y hombres hacen iguales demostraciones de júbilo, cuando ya la balsa maniobra en la rada, revelando la exacta proporción de sus partes y la belleza de su trazo.

Un momento todavía evoluciona bajo el gobierno de Tata Rauco. Los ayllunos miran ávidos. No saben si los alegra más la gigantesca figura del *achachi*, o su agilidad de chiquillo. Era Tata Rauco el balsero más hábil de la región. Era Tata Rauco el corazón más bondadoso del mundo...

IV

Cuando Jacinto se acercó, por el atardecer, con su *kepito* sujeto a la espalda para embarcarse con destino a la ciudad, Tata Rauco le hizo un gesto de amable condescendencia. Tras Jacinto llegó Tata Timoteo, que se dirigió a Tata Rauco en voz baja, a lo cual respondió éste invitando a subir al *llokillo*.

Jacinto miró Sillikachi con tristeza. Algo le decía que esta vez dejaría de ver el ayllu por mucho tiempo. Lo apenaba esta idea. No tener ya con quienes jugar; no poder en la madrugada meterse entre los totorales a comer el fresco y sabroso *chullu*, mientras los primeros rayos del sol penetraban hasta la *ecalina*, calentándole los pies rajados e impávidos; no pasarse ya cuatro horas a pleno campo, tras de las ovejas y vacas, saltando, gritando, viviendo la edad más feliz en el país más bello del mundo: ¡su ayllu! Esto le daba

cierta inquietud que acaso podría llamarse tristeza. Lo que sí lo puso a punto de lloriquear fué la presencia de sus amigos y amigas que, desde la orilla, lo miraban tristes y con los ojos asombrados. Janita lloraba. Alguno de los chiquillos se burlaba de sus lágrimas. Jacinto quería intervenir frenético. Janita le dijo:

—¿Si vas, Jacintito? ¿Rónde si vas?

—¡Il ciurar, il Pono, Janita!

—¿Aquin mi dijas?

—¡So magre!

La balsa había penetrado rápidamente al callejón de *Lampa-pampa*, permitiendo distinguir todavía en las sombras del crepúsculo las *chujllas* esperdigadas en la planicie. Distinguíase la cumbre hirsuta de Akapana orificada en un pincelazo, y más allá los nevados de la cordillera, el lago hondo y estuoso, y la mole rolliza de la península. Tata Rauco viraba a la izquierda cobrando el ángulo para desembocar en el paso de Chucuito. Con ellos iban, además de buena carga de papas-nuevas, gentes de todos los ayllus, tres mujeres y dos niños de Sillikachi.

Al tumbar la noche izó Tata Rauco la *kesana*; y el viento la impelió inmediatamente con violencia, norte-sur, —*aruntaya*, viento de navegación— Asentándose, Tata Rauco, sacó su *chuspa* y comenzó a *chajchar*. Jacinto desató a su vez el *kepi* y dió buena cuenta de su fiambre, mientras los demás pasajeros hacían lo mismo, invitando solícitos al balsero.

Una de las mujeres preguntó:

—¿Tendremos tempestad esta noche, tatay?

—No, respondió; esta noche será tranquila, y el viento nos conducirá sin fatiga.

Y dirigiéndose a Jacinto, exclamó:

—Ti sabes, wawa, dún-de te vas?

—*Janiwa, tatay!*

—Te vas casa comagre so madre: so pagrino. ¡Bin

cawallero! ¡El ayllu te sofres mocho, waway! ¡Mijor estás ciurar!

—Está bin, tatay!

—Hay que portar bin bunito. Cuando manda siñora, obedecer... Hay que limpio siempre todo... ¡Nada sicuar! ¡Nada robar! ¡Bin mochachito, y intencis está osti bien!

—Ia, tatay!

Siguió hablándole aún Tata Rauco, con acento persuasivo y paternal; aconsejándole la forma cómo debía comportarse en casa de su madrina, en la ciudad; dándole noticias de las causas que motivaron su ausencia del ayllu; cómo Tata Timoteo y Mama Aulica debían de ser tenidos por él como padre y madre, pues lo habían sido, en efecto, cuando sus padres perecieron en la masacre de Kalakampana...

—Ellos no tenían la obligación de llevarte a su lado. Ese deber era de tus tíos; pero ninguno lo hizo por temor a despertar las sospechas del gamonal. Timoteo te llevó a su lado, y junto a él has crecido como un verdadero hijo. ¡No seas ingrato con quienes te hicieron bien! Tata Timoteo es un hombre digno de respeto. Fué el mejor amigo de tu padre. Con él luchó sin descanso, por expulsar de nuestro ayllu al gamonal. Por eso está pobre. Cuando seas grande y vengas hacia el sitio de las campanas, acuérdate: allí murió tu madre atravesada por una bala de los usurpadores. ¡Lo demás, nada debe importante!

—¡Yo wirfano; yo wajchu, tatay!

Tata Rauco tiene la misma inocencia de Jacinto. Medita en la suerte del chiquillo. El ha conocido a sus padres, y hasta fué un poco pariente de ellos, lo que, desde luego, no es una novedad en las familias del ayllu. Se levanta. El viento ha bajado. Arrea la *kesana*, vira la balsa al norte, *kachina*, rema activo, y entra a la garganta de Chucuito, cuando las estre-

llas comienzan a brillar y en el lago culebrea el reflejo...

Sillikachi se ha perdido a la vista; en cambio, en la lejanía, sobre el haz de las aguas, brillan millares de puntos luminosos.

—¡Isto il ciurar, Jacintito! dice, Tata Rauco, señalando las luces.

Jacinto queda estupefacto. Nunca concibió, a pesar de las noticias que le habían transmitido, que la ciudad fuese la aparición fantástica que surgía a la distancia.

—Il ciurar también li rompi il cawiza, tatay? preguntó.

—No; quesás; mejor, palo, látigo...

Miró desconfiado a Tata Rauco. ¿Palo? ¿Látigo? Verdad que no le consolaba en lo menor la idea de los garrotazos. Pero... La multitud de estrellas flotando sobre las olas ¿no era, acaso, suficiente motivo para cobrar el deseo de llegar lo más pronto posible? No dijo palabra, y Tata Rauco permaneció en silencio.

Le acometió luego una idea extraña:

—¿No hay Sillikachi en ciurar, tatay? preguntó.

—¿Sillikachi en ciurar? ¡Opa! ¡Isto poeblo rande, casas rande, bunito, plazas, miski, miski!

—¡Ajá!, dijo, por toda respuesta, y volvió a mirar hondamente sobre las aguas...